

Corrupción e impunidad

Luis Rubio

La pregunta clave es si la corrupción es un instrumento para el avance de un proyecto político o un mal que debe ser erradicado. Lo que es cierto es que no se pueden lograr los dos propósitos al mismo tiempo porque se trata de un flagrante contradicción: o se utiliza a la corrupción o se le persigue con el objeto de eliminarla del panorama. La evidencia a la fecha es que la corrupción es un instrumento en manos del gobierno para la consolidación de su base política y proyecto de poder.

La corrupción es un mal ancestral en nuestro país, pero no uno inexplicable. En términos históricos, hay dos factores que la promueven y arraigan. En primer lugar, el viejo sistema político postrevolucionario convirtió a la corrupción, ya de largo linaje para entonces, en un instrumento de poder. El régimen emergido de la épica revolucionaria requirió crear un mecanismo que satisficiera a los liderazgos que habían sido parte del contingente ganador y, a la misma vez, consolidar un régimen hegemónico.

La clave de la solución radicó en el sistema de lealtades, nutrido por dos componentes: por un lado, el acceso a la corrupción y, por otro, las complicidades cruzadas. Lo primero permitía, en las palabras inmejorables del dicho todavía vigente, que “le hiciera justicia la Revolución”, arreglo verbal que permitía justificar cualquier cosa y excusar a quien robaba como un servicio a la patria. Los puestos se asignaban con ese criterio: premiar la lealtad, lo que llevó a otro de los dichos tan reveladores: “no me des; sólo ponme donde hay”. Quien era nombrado director de adquisiciones de alguna secretaria o (mil veces mejor) de alguna paraestatal, sabía que no iba ahí para mejorar la productividad, sino a ser compensado por su lealtad.

El otro factor que promueve y, de hecho, hace posible, la corrupción, es la naturaleza del sistema legal que nos caracteriza. En México un inspector de obras de construcción sabe que su trabajo no depende de asegurarse que se hayan seguido los planos originales (o los autorizados), sino de negociar con los constructores las diferencias que existan respecto al proyecto inicial. Es así como edificios que cuentan con una autorización de diez pisos acaban siendo de quince. Sin embargo, la culpa no es del inspector o del constructor, sino del sistema que le confiere tan vastas facultades discrecionales al inspector.

Esas facultades discrecionales acaban siendo arbitrarias porque no se apegan a ningún código, regulación o criterio previamente establecido y debidamente publicado (condiciones elementales de cualquier Estado de derecho). Las facultades con que cuenta un inspector se van magnificando en la medida en que uno sube la escala burocrática. En la legislación en materia de inversión extranjera que pro-

mulgó el gobierno de Echeverría (y cuyo título no dejaba duda de su objetivo: Ley para promover la inversión nacional y regular la inversión extranjera), el texto establecía prioridades y límites para cada tipo de inversión. Uno podía estar de acuerdo con los objetivos o no, pero el texto era claro en su propósito y pretendía conferirle certidumbre al potencial inversor. Sin embargo, la ley también incluía un artículo que le otorgaba al secretario respectivo facultades plenas para que, a su juicio, modificara los límites de participación establecidos en la ley. Con esas facultades, la ley dejaba de tener importancia, toda vez que la autoridad podía modificar su contenido en cualquier momento. El punto de fondo es que esas facultades discrecionales han sido siempre una fuente de corrupción dentro del gobierno, entre particulares y el gobierno y entre particulares.

La corrupción adquiere muchas formas en el país y no todas involucran dinero. El aprovechamiento de recursos públicos, el uso del presupuesto, la compra de terrenos donde pasará una carretera y tantos otros medios de enriquecimiento tradicional son parte intrínseca de lo que ha sido México y no hay un solo partido político que salga invicto de ello, incluyendo al que gobierna en la actualidad. El uso de recursos públicos para nutrir clientelas es corrupción pura y dura.

Además de los medios tradicionales de corrupción, ahora se suman otros prominentes (si bien no nuevos): el perdón -y purificación- de funcionarios corruptos o empresarios cercanos; la destrucción de instituciones; la eliminación de proyectos clave para niños y sus mamás (como las estancias infantiles) o la disponibilidad de medicamentos. Todas estas son manifestaciones de corrupción que siguen gozando de plena impunidad.

Las dos fuentes clave de corrupción -la naturaleza de la ley y el pago de lealtades- se pueden erradicar porque ambas surgen de factores conocidos y, al menos en principio, modificables. Pero nada de eso se está haciendo. El encarcelamiento de una exsecretaria o el uso del púlpito para atacar supuestos adversarios en nada se diferencian de las prácticas de antaño. Se trata de un escarmiento y no de un proceso de erradicación del fenómeno: se actúa con un criterio acomodaticio, no de acuerdo con lo que marca la ley.

La retórica cambia, pero la corrupción persiste: se trata, como siempre en el periodo postrevolucionario, de la consolidación del poder. Nada más.

@lrubiof

ÁTICO

La corrupción es erradicable, sus fuentes son identificables y modificables; sin embargo, el gobierno la usa para consolidar su poder.

China: redentores prácticos

Enrique Krauze

La reciente publicación en China de mi libro Redentores, traducida por el profesor Wan Dai y editada por Imaginist en su colección “Mirror”, se propone vincular a la cultura y el pensamiento de Latinoamérica con el pensamiento y la cultura de China, tender un puente de comprensión y diálogo entre las dos orillas del Pacífico que alguna vez tuvieron un intercambio riquísimo y que debieran volver a tenerlo.

En el prólogo, traté de explicar al lector chino un misterio que debe parecerles insondable: ¿por qué en América Latina la idea de redención social ha estado ligada a la revolución y no a la reforma, a la destrucción y no a la construcción? ¿Por qué hemos tenido muchos émulos de Mao Tse Tung y tan pocos de Deng Xiaoping?

No entré en la discusión sobre ambos periodos ni abordé su relación con el régimen de Xi Jinping, el líder actual que se reconoce en el legado de ambos personajes. De una manera que quiso ser diplomática, planteé la cuestión en términos dialécticos: sin el contraste entre los dos primeros, la síntesis del tercero habría sido imposible. En América Latina no podemos alcanzar la síntesis cuando muchos países se han quedado fijos en la tesis revolucionaria (aspirando a ella) o, cuando la han llevado a cabo, no han transitado siquiera pálidamente a la antítesis reformista.

Una respuesta -argumenté en esa introducción- está en el poder mítico de la Revolución cubana. Fue el hecho decisivo en la historia latinoamericana del siglo pasado, el tema político de fondo en la vida de varios personajes del libro. Unos, como el Che Guevara y García Márquez, permanecieron fieles a ella toda la vida, en el caso del Che hasta el martirio. Otros, como Octavio Paz y Mario Vargas Llosa, se decepcionaron de ella, y en un proceso complejo derivaron a un pensamiento democrático liberal. Eva Perón murió en 1952, pero el régimen que compartió con Juan Domingo Perón resultó el antecedente histórico del que Hugo Chávez implantó en Venezuela desde el año 1999. Habiendo llegado al poder como Perón por la vía de los votos, Chávez terminó por adoptar para Venezuela una variante no menos opresiva del sistema cubano. Y el modelo revolucionario sigue vigente bajo una nueva mutación: el populismo.

Hasta ahí el prólogo. Publicado en 2011, el libro original no abordó (aunque su presencia está implícita) al mayor redentor de América Latina, Fidel Castro, tema que alguien, alguna vez, tendrá que acometer dedicándole una vida entera. La versión china no incluyó -como la original- al Subcomandante Marcos ni al Obispo de Chiapas Samuel Ruiz. Tampoco con-

Gracias al tránsito de Mao a Deng Xiaoping, en solo tres décadas China ha alcanzado el desarrollo impresionante que todos conocemos y que ha beneficiado a varios países en América del Sur.

sideré, en ninguna de las ediciones, la inclusión de Andrés Manuel López Obrador. ¿Hay alguna duda de que, con todas sus diferencias, se han visto a sí mismos en la figura de un redentor? Todos admiran al Che. Todos han creído en el paradigma de una revolución que representa un “antes y un después” absoluto, un borrón y cuenta nueva. Algunos de los redentores, incluidos o no incluidos en el libro, se han referido con admiración a Mao. ¿Alguno se ha referido alguna vez a Deng Xiaoping? Que yo recuerde, solo Octavio Paz.

Gracias al tránsito de Mao a Deng Xiaoping, en solo tres décadas China ha alcanzado el desarrollo impresionante que todos conocemos y que ha beneficiado a varios países en América del Sur. ¿Por qué, si el proceso de modernización de América Latina empezó antes que el chino, ha sido tan pobre su avance? Creo que una de las posibles respuestas a esa pregunta compleja está en la responsabilidad de los que he llamado “redentores”, en particular los redentores políticos y los redentores intelectuales, muchos de ellos salidos (como ha demostrado Gabriel Zaid desde los años setenta) de las universidades.

En este sentido ya no solo biográfico sino sociológico, el “tipo ideal” del redentor en América Latina ha sido un creyente cautivo en el mito de la Revolución. No suele aportar ideas prácticas sino dogmas absolutos, creencias generales, ideales vagos, retóricos y abstractos. Y cobijado en ellas como en una infalible religión, rodeado de un manto de autoproclamada superioridad moral, el redentor decreta una dialéctica perversa: confunde la destrucción con la construcción, cree que todo lo construido merece ser destruido, y aun sostiene que la mejor manera de construir es destruir.

“Que el gato sea blanco o negro: mientras pueda cazar ratones, es un buen gato”, dijo sabiamente Deng Xiaoping. El gato chino, cruza del blanco y el negro, caza ratones. El nuestro no.

ÁTICO

Deng Xiaoping tenía la fórmula para nuestros redentores. Desgraciadamente, nunca la descubrieron.

EUA: la derrota populista y la orden de Nerón

Emilio Rabasa Gamboa

Bien dijo Kamala Harris que la reciente elección en EUA “es mucho más que Joe Biden y yo. Es sobre el alma de América y nuestra determinación de luchar por ella”. El alma de los EUA es en buena parte la democracia que han construido en 240 años. El país es inviable sin ella. Esa democracia es la que quiere desprestigiar Trump ahora que perdió, atacando al mismo sistema electoral que lo llevó al poder hace 4 años, con el invento de un fraude donde no lo hay y un robo donde nunca lo hubo.

Para el populista la democracia es un botín: le sirve para ganar, luego hay que eliminarla. Intoxicado de triunfalismo exacerbado, el fracaso le resulta antitético e inadmisibles. Es incapaz de procesarlo. El senador Mitt Romney(r) lo explicó bien: “Trump no concede el triunfo a Biden porque no está en su naturaleza hacerlo”. Para entender esa actitud del autócrata/populista vayamos a la historia.

Para marzo de 1945, la derrota de Alemania era irreversible. Los aliados se acercaban al Führerbunker en Berlín. En lugar de aceptar la capitulación y firmar un armisticio decoroso para su país, el 19 de marzo Hitler firmó “La Orden de Nerón” (emperador romano a quien se adjudica el incendio de Roma mientras tocaba la lira) en la que instruyó la demolición de toda la infraestructura subsistente en el Reich.

Recibida la orden de Hitler, su ministro Albert Speer le imploró “no dar ese paso tan destructivo de la nación” y lo desobedeció. Pero incapaz de aceptar la derrota, el Führer decidió que ni él ni Alemania debían subsistir y después de devastarla se suicidó. Calcinado como lo pidió, en cenizas terminó la “grandeza” alemana que prometió.

La orden de Nerón es “la política de tierra arrasada”, una táctica militar destructiva de todo lo que pueda ser útil al enemigo cuando avanza en su territorio. Fue usada por Victoriano Huerta contra las fuerzas de Emiliano Zapata. Por orden del dictador, Juvencio Robles, arrasó pueblos enteros como Ticumán, Elotes y Sta María en Morelos.

Mientras jugaba al golf, Trump dió “la orden de Nerón” para demoler los fundamentos de la vida democrática de los EUA tramando un fraude inexistente en el sistema electoral. Para ello usa al Departamento de Justicia, y el fiscal general, William Barr investiga “irregularidades” en la votación y el escrutinio. El secretario de Estado, Pompeo, y Mitch McConnell, líder mayoritario del Senado, se suman al coro adulator del candidato pedador, y el GOP no advierte que su negativa a reconocer a Biden lo encamina hacia un desastre en las elecciones del 2022.

El populista no cree en la democracia, porque en ella unas veces se gana y otras se pierde. Inmerso sólo en su propia realidad, está convencido de que su estrategia es invencible. Pero desde el siglo XVI Maquiavelo advirtió que el autismo conduce a la ruina. El príncipe que no atiende a las circunstancias cambiantes “está perdido porque no cambia al mismo tiempo su proceder”.

Trump perdió al no reconocer que la pandemia cambió las circunstancias en los EUA. Ni más de 10 millones de contagios y 240 mil muertos en el país más poderoso del planeta, lograron sacudir su ego para que aceptara la evidencia científica, y promovió el voto presencial. Al contrario, Biden leyó bien la nueva realidad, y siempre con cubrebocas, pidió voto anticipado y por correo. (En un alto porcentaje de esos sufragios (+ de 100 millones) estuvo su victoria. Moraleja: el populismo es autodestructivo.

“Junto a las figuras ideales de Césares gloriosos, [la historia muestra] —recuerda Kelsen— la imagen repulsiva de otros Césares depravados que aniquilaron sus Estados y causaron a sus pueblos desventuras sin cuento”. Confiemos en que el pueblo, las instituciones y prácticas democráticas de los EUA eviten esa catástrofe descomunal. Mientras, felicitemos a Biden y Harris respectivamente presidente y vicepresidenta electos, por su histórica victoria. México y el mundo se los agradece.

Morir

Arnoldo Kraus

Ante la muerte la humanidad siempre pierde. Pierde porque quien fallece no puede narrar los últimos minutos. Fracasa porque cuando se apersona atrapa a su presa, carga con ella, la calla. Ante el final, caemos derrotados: ni las películas, ni los poemas, ni las novelas, ni la filosofía son suficientes para explicar el último evento. Quien más convence es Woody Allen; cuando le preguntaron qué pensaba de la muerte, respondió, “no estoy de acuerdo con ella”.

No sólo es la conciencia de la muerte lo que nos diferencia de los animales. Es algo más. La idea de la muerte es la columna vertebral de la existencia humana. Su majestad la parca es el mayor impulso para hacer de la existencia un espacio digno de habitar. De ahí el temor de los últimos días. Desaparecer, no existir, son palabras lejanas ajenas al vocabulario de los vivos.

Los médicos explican el cese de la vida con facilidad: el corazón para, el cuerpo se enfría, la respiración cesa. Esos argumentos contundentes significan muerte. El proceso final, justo el pequeño e infinito momento dictado por su alteza la muerte escapa toda definición. El suspiro postrero, el movimiento apenas perceptible de los globos oculares, las palabras póstumas y la última mirada retan: no bastan ni la sabiduría ni el conocimiento para explicar qué sucede cuando todo sucede ni el momento preciso cuando la muerte cancela la vida. ¿Cuánto tarda la muerte?, ¿diez segundos?, ¿veinte?, ¿más?, ¿menos?

Algunos poemas japoneses a la muerte resumen las palabras previas. Yokuo Tokuken, monje zen, murió a los 76 años. Dos días antes de fenecer convocó a algunos monjes. Les dijo: “Las palabras de alguien que va a morir no son un asunto baladí. Es un umbral que todos hemos de cruzar. Decídmelo lo que penséis al respecto”. Momentos antes de partir escribió: “Mis setenta y seis años han terminado / No nací; no he muerto / Las nubes flotan en el vasto, altísimo cielo / La luna sigue su camino de un millón de años”.

La muerte no ha cambiado, no existen dos versiones. Han cambiado la sociedad y la esperanza de vida. Ambos factores han modificado el proceso final. La mo-

No sólo es la conciencia de la muerte lo que nos diferencia de los animales. Es algo más. La idea de la muerte es la columna vertebral de la existencia humana... Los médicos explican el cese de la vida con facilidad.

dernidad dicta, el ser humano toma nota; los medios de comunicación ordenan, nuestra especie se amolda; la tecnología biomédica crece sin cesar, los doctores la utilizan. La obsesión desmedida y comercializada por la salud, la reproducción geométrica de productos para prolongar la vida, así como el auge de clínicas anti-vejecimiento son características de nuestra época. Estas conductas alejan al individuo de su yo interno e impiden reflexionar acerca de la propia muerte. Vivir más años, ochenta en la actualidad, cincuenta y menos hace algunas décadas, no amortigua el peso y el dolor del último adiós, al contrario, impide entenderlo: acumular vivencias dificultada la despedida.

Después de la Segunda Guerra Mundial la muerte se medicalizó y se convirtió en negocio. Fenecer en casa, años atrás era la norma, lo deseable, lo humano. Ahora, la mayoría de las familias en Occidente procuran dejar a sus moribundos en los hospitales. El final se ha burocratizado, se ha despersonalizado y nos ha derrotado: aun cuando la muerte soluciona y en ocasiones acaba con vidas sin vida, el final no siempre es bienvenido. El uso desmedido e inadecuado de la tecnología médica atenta contra la dignidad del enfermo y de los suyos.

Si bien es complejo entender el proceso, no lo es escuchar a quienes saben que han de partir: “Fuera siga la vida. Dentro todo ha acabado”, escribió un enfermo tres días antes de morir: “Ninguna muerte es igual a otra muerte. Ninguna vida es igual a otra vida. Yo sé lo que fue mi vida. Ahora deseo saber cómo será mi muerte”, fue la última nota de un enfermo asediado por múltiples patologías.